



WORLD
WARCRAFT
THE WAR WITHIN

TIERRAS ANCESTRALES

por ADAM CHRISTOPHER



1
REUNIÓN en BORALUS

HISTORIA

ADAM CHRISTOPHER

ILUSTRACIONES

BRUSH SAUCE STUDIO

EDITORIAL

CHLOE FRABONI

DISEÑO Y DIRECCIÓN DE ARTE

COREY PETERSCHMIDT

ASESORÍA DE TRASFONDO

SEAN COPELAND

CONSULTORÍA CREATIVA

CHRIS METZEN, STACEY PHILLIPS, KOREY REGAN

PRODUCCIÓN

BRIANNE MESSINA, AMBER PROUE-THIBODEAU,
CARLOS RENTA, TAKAYUKI SHIMBO



Blizzard.com

© 2024 Blizzard Entertainment, Inc. Blizzard y el logotipo de Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas registradas de Blizzard

Entertainment, Inc. en los EE. UU. u otros países.

Publicado por Blizzard Entertainment.

Esta historia es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son productos de la imaginación del autor o artista, o se utilizan de forma ficticia, y cualquier parecido con personas (vivas o muertas), negocios, eventos o ubicaciones reales es fruto de la casualidad.

Blizzard Entertainment no controla ni asume ninguna responsabilidad sobre los sitios web y contenidos de los autores o terceras partes.



Pagaría por saber lo que estás pensando —dijo una voz afable detrás de ella—, pero me temo que no me lo podría permitir.

Lady Jaina Valiente dejó de mirar la ciudad que tenía debajo cuando su viejo amigo se puso a su lado en el parapeto. A pesar de su tamaño y de la armadura pesada que vestía, se las había apañado para subir la estrecha y sinuosa escalera de la torre más alta del Fuerte Valiente sin hacer ruido.

Thrall se apoyó en la antigua mampostería y miró hacia Boralus mientras inhalaba el aire fresco.

—Ahora entiendo por qué te gusta este lugar.

Jaina asintió. La torre le ofrecía soledad y privacidad para poder pensar, mientras que la vista de Boralus le ofrecía perspectiva y le ayudaba a recordar dónde estaba y *quién* era.

En aquel momento, a medida que se dispersaba la niebla marina, Boralus brillaba como un zafiro al amanecer. Un millar de tejados y cientos de torres: todo resplandecía con la promesa de un nuevo día. Desde su posición, Jaina podía vislumbrar por completo todos sus dominios, de las montañas nevadas hasta el gran puerto, donde

estaba amarrada la poderosa flota de Kul Tiras y donde una docena de sus barcos más rápidos esperaban sus órdenes.

—Ya sabía yo que ibas a pensar que sería fácil —dijo Thrall.

Jaina parpadeó saliendo de su ensoñación. El rostro de Thrall había perdido parte del miedo que había visto en él el día que cayó Dalaran. Pero seguía habiendo una sombra sobre él. Sobre ambos. Arriba, donde estaban, era sencillo olvidar que la oscuridad estaba urdiendo planes en el corazón del planeta. Una oscuridad que, si no era derrotada, pronto cubriría no solo Boralus, sino toda Azeroth.

—Fácil... no es la palabra que yo usaría. —Suspiró—. Pero sí, esperaba algo más.

Había contado diez amaneceres desde aquel terrible día. Cada noche desde entonces, Jaina había rememorado el horror de ese momento en sus sueños. Veía la ciudad de las luces y las maravillas arrancada del cielo sobre Khaz Algar como si fuera el juguete de un niño.

Pero aquella pesadilla había sido real. Y Jaina sabía que solo era el comienzo.

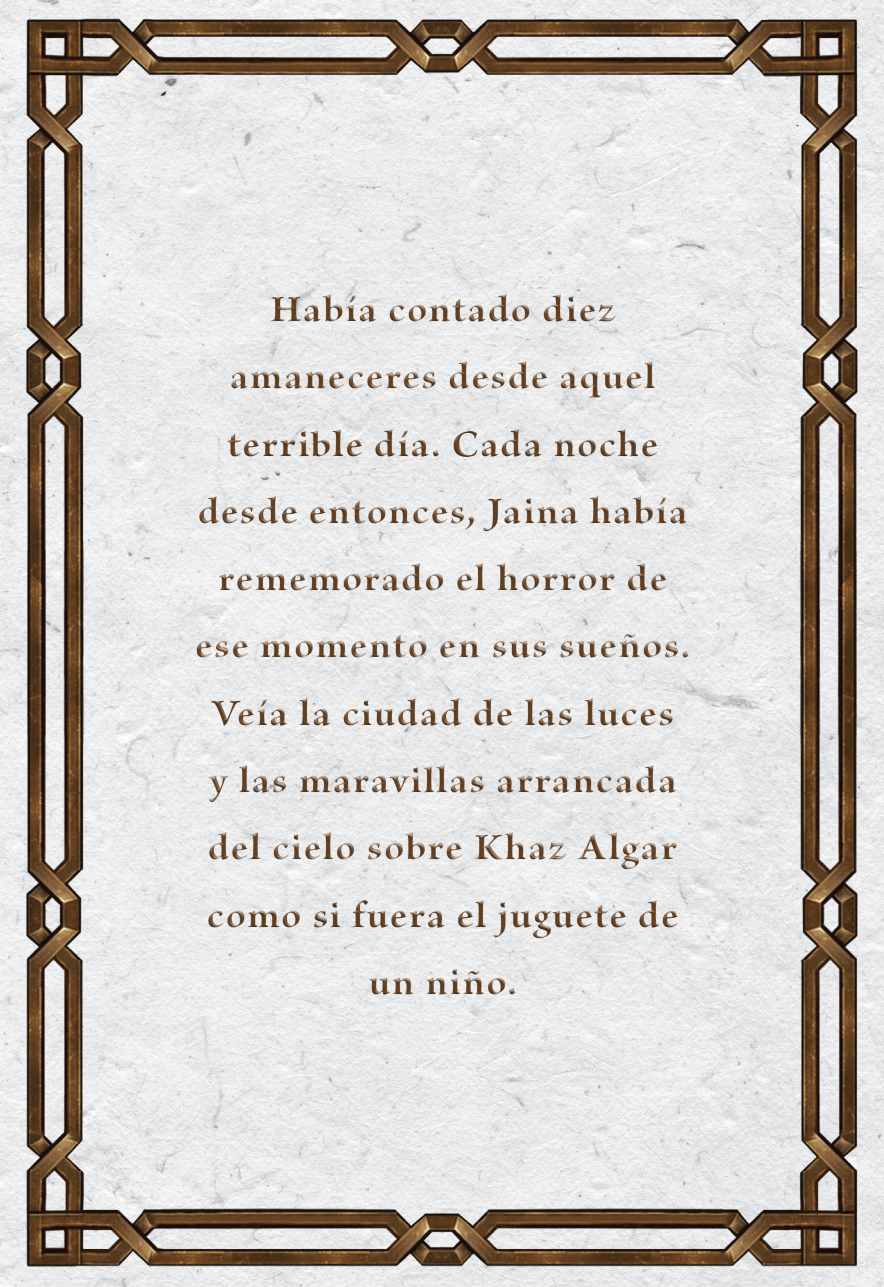
Se avecinaba algo terrible. Otro Hendimiento, otro Cataclismo. Un mal que tenía nombre.

Xal'atath.

Los diez días transcurridos desde que Jaina y Thrall regresaron a sus capitales habían sido un torbellino de actividad. Como portadores de la autoridad de la Horda y de la Alianza, habían enviado mensajeros a todos los rincones de Azeroth para entregar un único e imperativo mensaje: una llamada a la unidad, una petición para que todos los líderes se reunieran en Boralus como preparación para enfrentarse a este nuevo enemigo. Acudirían. Jaina estaba segura de ello.

Y algunos lo habían hecho..., pero otros muchos no.

En retrospectiva, quizá pecara de inocente por no darse cuenta de lo mucho que había afectado la canción radiante a los habitantes del planeta. Incluso ahora, mientras contemplaba su ciudad, a los guardias que patrullaban, a los operarios en el muelle, a los taberneros fregando sus pasos mientras los comerciantes hacían rodar barriles y carros cargados, se preguntaba cuántos de ellos habrían escuchado la canción, conmovidos hasta la inquietud por la visión y la voz. Cuántos de ellos tendrían miedo y se preguntarían qué podía significar.



Había contado diez
amaneceres desde aquel
terrible día. Cada noche
desde entonces, Jaina había
rememorado el horror de
ese momento en sus sueños.
Veía la ciudad de las luces
y las maravillas arrancada
del cielo sobre Khaz Algar
como si fuera el juguete de
un niño.

En ese momento se oyó un ruido metálico detrás de ellos, seguido de unas maldiciones entre dientes y el sonido de unos pasos pesados en la escalera de caracol. Jaina y Thrall observaron cómo salía al tejado Danath Aterratrols. Hizo una pausa para tomar aliento, con el pecho hinchado bajo el tabardo rojo.

—Por la sangre de Thoradin —dijo—. Para ser un pueblo de marineros, hay que ver lo que les gustan las escaleras a las gentes de Kul Tiras.

Jaina soltó una risa incontenible a pesar de su pésimo estado de ánimo. Danath había sido el primero en responder a su llamada. Llevaba en la ciudad varios días y había estado ayudándola a preparar la reunión. Si le habían decepcionado las respuestas del resto de líderes a medida que llegaban, no lo manifestó. En su lugar, había sido un compañero leal, un excelente consejero y un muy buen amigo.

—¿Se les ha ocurrido una solución? —preguntó Thrall.

—De hecho —respondió Danath—, creo que sí. —Se volvió hacia las escaleras—. Vamos, hay mucho que debatir.



Jaina podía oír las conversaciones en voz baja mientras ella y Thrall seguían a Danath para volver a la sala de reuniones, ubicada en lo más profundo del Fuerte Valiente. Al reaparecer los tres, esas discusiones se sumieron en un respetuoso silencio.

Los líderes reunidos habían estado debatiendo toda la noche para tratar de superar sus diferencias geográficas y políticas con tal de organizar una fuerza de ataque que acompañara a Jaina y a Thrall hasta Khaz Algar. Y ahora, al ver a los representantes alrededor de la enorme mesa de guerra en el centro de la sala, Jaina tuvo la esperanza de que Danath estuviera en lo cierto y pronto pudieran llevar la contienda hasta Xal'atath.

Los líderes que habían respondido a la llamada de Thrall y ella, pensó, componían una mezcla inusual. Por parte de la Horda estaban la compañera de Thrall, Aggralan —o Aggra— del Anillo de la Tierra, Baine Pezuña de Sangre, el jefe tauren que se alzaba sobre la esbelta figura de Thalysra, la Primera Arcanista Nocheterna, quien a su vez empequeñecía al diminuto Kiro, el líder de la caravana de los vulperas de Voldunai.

Al otro lado de la mesa se encontraban los representantes de la Alianza: Shandris

Plumaluna, recién ascendida a líder de los elfos de la noche, y el magister Umbric de los elfos del Vacío, una pareja imponente e incluso hermosa a la vista. A su lado se veía la corpulenta figura de Kurdran Martillo Salvaje, el enano nombrado por Falstad como representante del Consejo de los Tres Martillos. Por último, Tess Cringrís había acudido en representación de Gilneas como su reina. De todo el grupo, quizá parecía la más preparada para entrar en combate, a juzgar por el atuendo de cuero púrpura y marrón que vestía. Fue ella la que rompió el silencio, y su cálido saludo fue todo un alivio para Jaina, que no sabía muy bien qué esperar de la reunión. Cuando dejaron el grupo varias horas antes, los ánimos no eran buenos y el ambiente estaba caldeado, ya que todos los líderes habían discutido sobre los deberes de sus cargos y las limitaciones que les imponían a la hora de contribuir a una fuerza de ataque.

Jaina se acercó a la mesa, cubierta ahora por un gran mapa que antes no estaba. Reconoció la región de inmediato.

—¿Las Tierras Altas de Arathi?

Danath abrió la boca para hablar, pero Umbric se le adelantó.

—Es arriesgado —dijo en voz baja con los dedos largos y azules entrelazados bajo la barbilla—. Necesito algo menos... *incierto*.

—Como todos —dijo Baine. El tauren cruzó los enormes brazos y levantó la barbilla, lo que hizo que Thalysra tuviera que apartarse para evitar su celada con plumas—. Pero, a veces, lo que necesitamos y lo que tenemos son dos cosas distintas.

—Estoy de acuerdo. —Shandris se inclinó sobre la mesa—. Debemos aprovechar la oportunidad que se nos ha ofrecido y usarla.

Jaina miró al grupo.

—¿Qué oportunidad? ¿Danath?

—La Séptima Legión —dijo. Señaló a la ubicación de su reino en el mapa de las Tierras Altas de Arathi—. Hay una fuerza considerable esperando en Stromgarde. Es un ejército preparado, que está esperando órdenes.

Thrall se frotó la barbilla.

—Qué interesante. ¿Quién está al mando de esa ciudadela?

—Mi sobrina Marran —dijo Danath—. Desde que mis compromisos diplomáticos me llevaron a Ventormenta, ella es la regente de Stromgarde. Me han informado de que

ha reforzado su posición con las fuerzas auxiliares de la Séptima Legión. —Extendió las manos—. Es su decisión, pero espero que esté...

—Avivando las tensiones con los Mag'har. —Aggra se adelantó mientras sacudía la cabeza—. La Horda le otorgó la base de Sentencia a los refugiados orcos durante el armisticio. Tras la Cuarta Guerra, la señora suprema Geya'rah y su gente no tenían adónde ir. Las tierras que rodean Sentencia se parecen mucho a Nagrand: son un lugar agradable para que los suyos comiencen de nuevo en Azeroth. —Señaló al otro lado del mapa, donde la fortaleza orca se encontraba bajo las colinas, y se dirigió a Thrall—. Pero las heridas de su Draenor todavía no han sanado, y tampoco las de Geya'rah o las de su gente. Los Kor'kron entrenan allí a petición suya para disuadir posibles acciones de Stromgarde. —Miró a Danath con dureza—. Si Stromgarde actúa, Sentencia responderá.

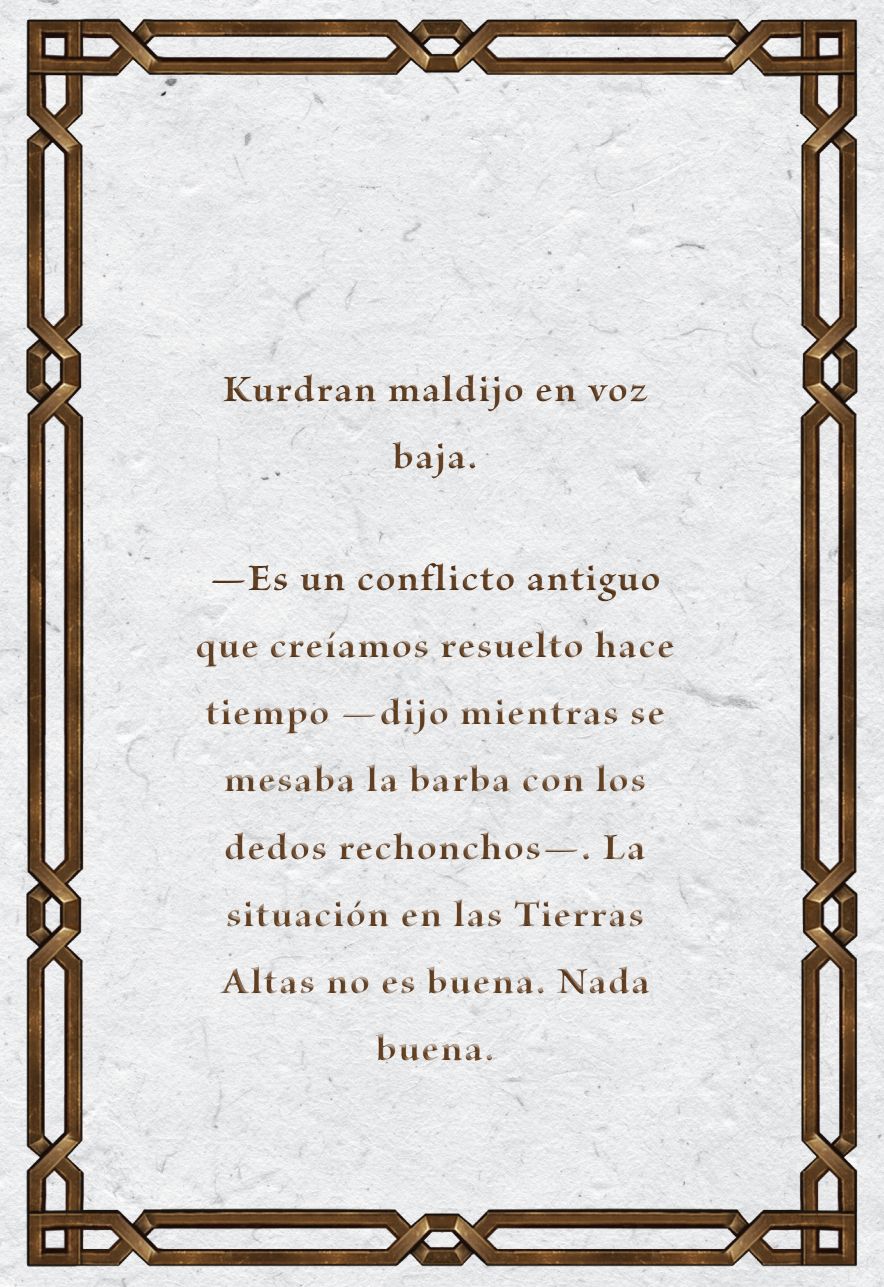
Kurdran maldijo en voz baja.

—Es un conflicto antiguo que creíamos resuelto hace tiempo —dijo mientras se mesaba la barba con los dedos rechonchos—. La situación en las Tierras Altas no es buena. Nada buena.

Jaina observó en silencio mientras Tess y Umbric se miraban, y Thalysra se inclinaba para escuchar algo que Kiro le decía al oído. Miró a Thrall, pero el antiguo jefe de guerra estaba en silencio y con el ceño fruncido. Estaba estudiando el mapa, no a la gente que tenía alrededor.

Danath levantó las manos.

—*Por favor*, ya hemos hablado de esto. —Suspiró y empezó a caminar lentamente alrededor de la mesa—. Comprendo vuestros temores, pero olvidáis que Stromgarde aún se está recuperando de la Cuarta Guerra. Marran ha pedido auxilio a la Séptima Legión para que ayude a los granjeros a mantener a raya a los depredadores, para entrenar reclutas de la Alianza y para mantener el gobierno de mi familia en mi ausencia. Seguro que solo está haciendo lo que cree necesario como líder y el asunto se arreglará. —Se oyeron más murmullos en la mesa, pero eso no acalló a Danath—. *Aquí* se encuentra nuestra fuerza de ataque. La Séptima Legión y —asintió al pasar junto a Aggra— los Kor'kron. Dos de las mejores fuerzas de combate de Azeroth. Entrenadas. ¡Listas! No podríamos desear un ejército mejor.



Kurdran maldijo en voz
baja.

—Es un conflicto antiguo
que creíamos resuelto hace
tiempo —dijo mientras se
mesaba la barba con los
dedos rechonchos—. La
situación en las Tierras
Altas no es buena. Nada
buena.

Se detuvo junto a Jaina y a Thrall de nuevo. Los miró a los dos.

—Marran te escuchará, Jaina. Según tengo entendido, os tiene a ti y a tu madre en alta estima. Yo también la escribiré para decirle que irás para preparar la marcha de la Séptima Legión. No conozco a Geya'rah, pero a *ti* sí, Thrall. Puede que la Horda no tenga jefe de guerra, pero los Kor'kron están bajo tu mando.

Thrall le aguantó la mirada unos segundos a Thrall y asintió. Sus ojos se cruzaron con los de Jaina.

—Quizá sea nuestra mejor opción. Tanto para reunir una fuerza de ataque como para evitar un conflicto mayor.

Jaina lo pensó un momento. La situación en las Tierras Altas de Arathi parecía delicada, como poco, pero Danath tenía razón. Necesitaban un ejército y no había uno sino *dos* esperando un objetivo adecuado.

Cogió su bastón.

—Así se hará. Ordenaré a la flota que se dirija a Stromgarde. En cuanto lleguen, la fuerza de ataque estará preparada. Thrall, tú ve a Sentencia y negocia con Geya'rah para llevarte a los Kor'kron.

—Yo también iré —dijo Aggra. Rodeó la mesa para ponerse al lado de Thrall—. Geya'rah es como una hermana para mí. —Puso la mano en el hombro de su pareja—. Prometo que nos escuchará.

—De acuerdo —dijo Jaina—. Danath y yo iremos a Stromgarde.

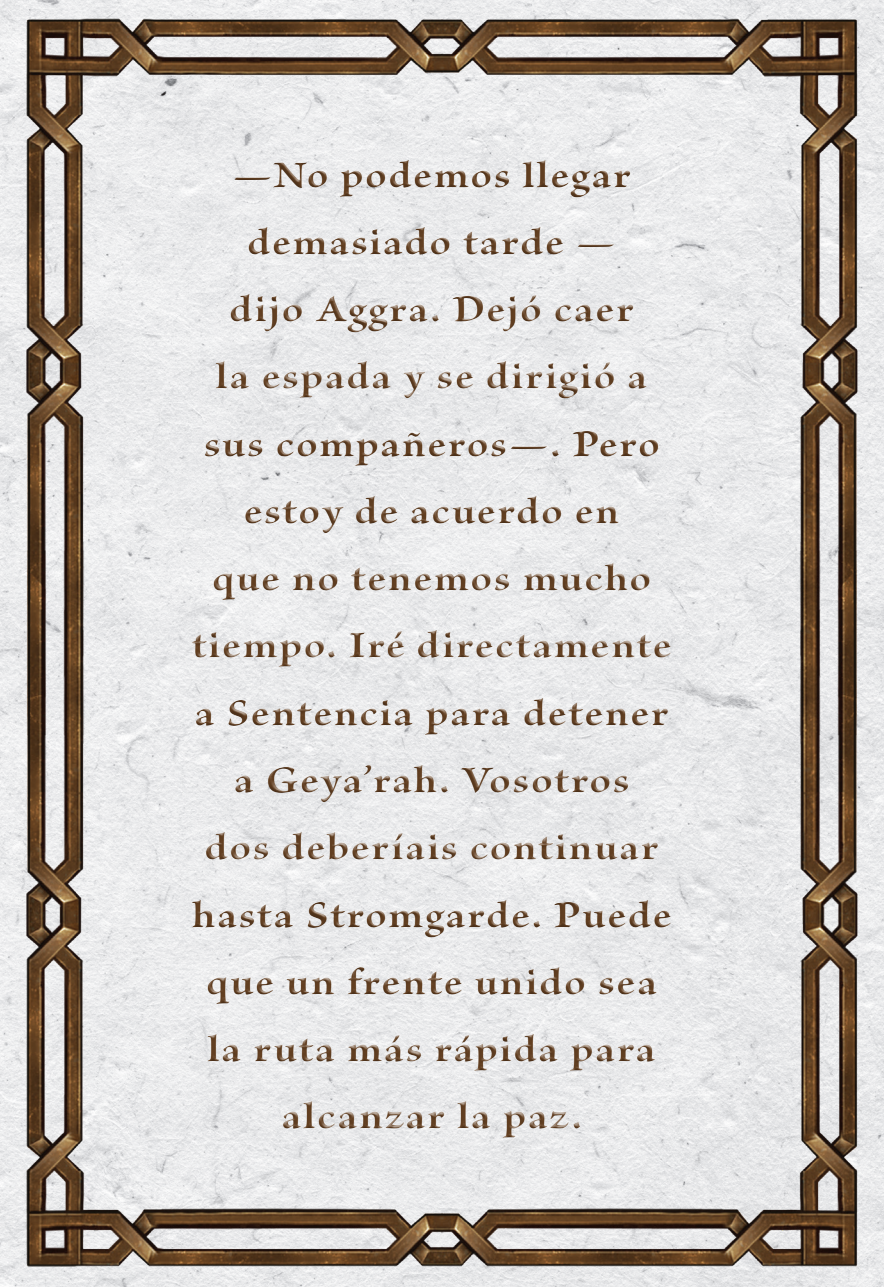
—Lo siento, lady almirante —dijo Danath inclinando la cabeza a modo de disculpa—. Ya llevo mucho tiempo fuera de Ventormenta. Turalyon ha enviado un mensaje diciendo que se me necesita urgentemente en la corte. Pero, por mi honor, Marran te recibirá con los brazos abiertos y escuchará lo que tengas que decir. Sonrió.

—Muy bien —dijo Jaina. Se volvió hacia los líderes reunidos allí—. Gracias a todos por vuestro valor y franqueza durante este consejo. Se levanta la sesión.

Mientras los líderes empezaban a salir entre despedidas, Jaina se volvió hacia Thrall y Aggra.

—Preparaos —dijo mientras conjuraba un portal—. Nos vamos de inmediato.





—No podemos llegar demasiado tarde — dijo Aggra. Dejó caer la espada y se dirigió a sus compañeros—. Pero estoy de acuerdo en que no tenemos mucho tiempo. Iré directamente a Sentencia para detener a Geya'rah. Vosotros dos deberíais continuar hasta Stromgarde. Puede que un frente unido sea la ruta más rápida para alcanzar la paz.

Jaina, Thrall y Aggra acababan de cruzar el portal de Boralus hacia las Tierras Altas de Arathi cuando tuvieron la sensación de que la situación había dado un giro drástico. Habían llegado a una hondonada, oculta a la vista por unas laderas empinadas. Tras unos segundos para orientarse, Aggra echó a correr, lanzando maldiciones a cada paso. Jaina vio que se agachaba junto a un cuerpo tendido boca abajo.

No era el único.

Thrall pasó por encima de un cadáver humano cuya armadura habían destrozado a hachazos.

—Oh, no —susurró Jaina.

Contó los cadáveres. Había doce en total: seis humanos con los colores de la Séptima Legión, y seis orcos embutidos en las pieles y el cuero de los Kor'kron. Echó una mirada cautelosa a las cimas de las colinas circundantes antes de unirse a los otros dos.

—¿Qué ha pasado aquí?

Aggra sacó una espada ensangrentada de la Séptima Legión del cadáver del Kor'kron más cercano.

—Un combate a muerte —dijo. Se puso de pie y usó la espada para señalar a varios orcos con flechas clavadas en los puntos débiles de sus armaduras—. Los humanos prepararon una emboscada...

Thrall siguió el hilo de los pensamientos de su compañera:

—Y descubrieron que los Kor'kron son enemigos formidables. —Eché un vistazo a la sangrienta escena con expresión sombría—. Una batalla de aniquilación mutua. Dos fuerzas pequeñas, iguales en número y sorprendidas en la misma medida por la habilidad del enemigo. —Miró a Jaina—. Temo que sea demasiado tarde.

—No podemos llegar demasiado tarde —dijo Aggra. Dejó caer la espada y se dirigió a sus compañeros—. Pero estoy de acuerdo en que no tenemos mucho tiempo. Iré directamente a Sentencia para detener a Geya'rah. Vosotros *dos* deberíais continuar hasta Stromgarde. Puede que un frente unido sea la ruta más rápida para alcanzar la paz.

Thrall asintió.

—Buena suerte, mi amor —dijo.

Se cogieron de las manos y después, sin decir una palabra más, Aggra se marchó

corriendo hacia la ladera norte y la escaló hábilmente antes de desaparecer.

Thrall la observó mientras se alejaba y luego se volvió hacia Jaina.

—A Stromgarde, pues.

Sin embargo, en cuanto salieron de su escondite, Jaina oyó un fuerte silbido. Casi antes de que se diera cuenta, Thrall se estremeció de la cabeza a los pies y dio un tambaleante paso hacia atrás. Tenía el asta emplumada de un proyectil clavada en la armadura, entre el hombro y el pecho.

Jaina soltó un giro y se interpuso entre Thrall y el arquero de forma instintiva. Alzó su bastón y lanzó un escudo protector para protegerse. Otro silbido, pero esta vez la flecha rebotó contra el escudo. Ese momento fue todo lo que necesitó Jaina para detectar a su objetivo. A lo lejos, junto al solitario árbol que había en lo alto de la colina contraria, vio un movimiento. Una figura encapuchada salió de su escondrijo. Llevaba un arco en alto, y el carcaj le rebotaba en la espalda mientras huía.

De inmediato, Jaina cerró el puño y, con un movimiento hacia delante, generó un crepitante orbe de energía púrpura que salió volando hacia la ladera. Un momento después, el árbol explotó en medio de llamaradas amarillas y luces rosas, pero del arquero ya no había ni rastro. Maldiciendo, se arrodilló junto a Thrall.

—No te preocupes, me pondré bien —dijo Thrall haciendo un gesto para que lo dejara estar.

Cogió el asta de la flecha, que todavía sobresalía de su carne, y la sacó de un solo tirón. Sostuvo la flecha en alto para observarla.

—O eso espero.

Jaina examinó la punta de la flecha. Estaba cubierta de sangre, de un color casi negro, pero había algo más, otra sustancia aceitosa y azul claro. Abrió los ojos de par en par, horrorizada.

—¿Veneno? Thrall, has...

Thrall tiró la flecha a un lado y probó a mover el hombro herido. Hizo una mueca; la herida todavía sangraba.

—Me pondré bien —dijo, y luego hizo una pausa—. Pero debemos llegar a Stromgarde, y rápido. —Señaló la ladera—. Te sigo.

SOBRE EL AUTOR

Adam Christopher es el autor de varias novelas aparecidas en la lista de superventas del New York Times como Star Wars: Shadow of the Sith y Stranger Things: Darkness on the Edge of Town. También ha escrito novelas oficiales relacionadas con la exitosa serie de televisión de la CBS Elementary y para la galardonada franquicia de videojuegos Dishonored. Cocreador de la versión del siglo XXI del superhéroe de Archie Comics The Shield, ha trabajado como guionista para la serie Lazarus de Greg Rucka y Michael Lark en Image Comics y para el universo de Doctor Who de Big Finish. Adam ha contribuido a la antología del aniversario Star Wars: From a Certain Point of View, que es un éxito de ventas a nivel internacional, y también ha escrito para el cómic Star Wars Adventures de IDW, dirigido a todas las edades. Entre sus obras originales se cuentan Made to Kill y The Burning Dark, por citar algunas. Su primera novela, Empire State, fue nombrada Libro del año por SciFi Now y el Financial Times.